

Una exploración etnográfica del espacio urbano

Gaspar MAIRAL BUIL
Universidad de Zaragoza

La ciudad es un escenario apto para ser explorado en todas sus partes, con curiosidad atenta al detalle visual revelador y a la palabra anotada a vuelapluma. Ésta puede ser una experiencia propia del sentido común inherente a cualquier persona y más todavía cuando hay en ella una inclinación observadora. El viajero que se adentra en una ciudad desconocida tiene ante sí un mundo a descubrir, un conjunto de nuevas experiencias que le esperan casi en cada esquina. Todo esto es posible porque la ciudad es un espacio denso, multiforme, enrevesado y siempre lleno de vida. El antropólogo urbano es antes que nada el viajero que desciende de un tren, cargando una maleta, que sale de la estación y se zambulle de inmediato en las calles de una ciudad desconocida, atento a cualquier detalle revelador por si éste le proporciona una primera información valiosa. En pocos textos antropológicos ha quedado reflejada esta experiencia tan acertadamente como en *The Broken Fountain* de Thomas Belmonte.

«Llegué a Nápoles a principios de abril, en un día frío, húmedo y profundamente gris. Me sentía asustado y con una cierta aprensión. Sólo era capaz de pronunciar unas pocas frases en italiano, y me hallaba geográficamente perdido. Siguiendo a la muchedumbre desde la estación del ferrocarril hacia lo que parecía ser la avenida principal, buscando un hotel, miraba de soslayo hacia las calles laterales. La avenida era moderna y animada, alineada con tristes edificios de principio de siglo tanto residenciales como administrativos. Sin embargo las calles laterales, los estrechos y ventosos *vicoli*, parecían sombríos y estropeados, arquitectónicamente más antiguos y en cualquier caso al margen de la actividad de la calle principal»¹.

¹ Belmonte, T. 1989. *The Broken Fountain*. Columbia University Press. New York, p. 1.

Construyendo su propia memoria etnográfica y al dar los primeros pasos en una ciudad que se convertirá en el escenario de su monografía, Belmonte ya registra un contraste que después vendrá a ser fundamental en su obra, la distancia entre la centralidad urbana y la marginalidad de un barrio lumpen.

Otro ejemplo relevante y a la vez distinto es el de Stanley Milgran en *The Experience of living in cities*, pues refleja la inicial experiencia de la masificación.

«Cuando llegué a Nueva York por primera vez todo fue para mí como una pesadilla. Tan pronto como bajé del tren en la Estación Central me familiaricé con los empujones de las multitudes que se movían a trompicones en dirección a la calle 42. A veces la gente chocaba contra mí sin ni siquiera disculparse; lo que realmente me asustó fue ver a dos personas en pleno combate por un taxi. ¿Por qué embestían de esta manera? Incluso a los borrachos tirados en la calle no se les prestaba ni la más mínima atención. Estas gentes no parecían preocuparse mucho unas de otras².

Todas estas circunstancias son sintomáticas de una cuestión sobre la que pretendo incidir a lo largo de estas páginas. La etnografía es una reconstrucción imaginativa que tiene en la memoria del autor su hilo conductor. Como tal memoria es una recuperación del pasado seleccionando aquello que es relevante para un presente desde el que se escribe. Cuando Belmonte recuerda sus primeros pasos no es casualidad que aparezca ya en ellos el vívido contraste que es fundamental en toda su narración, ya que está reviviendo, gracias a la memoria, unos acontecimientos reelaborados por un recuerdo dirigido desde el presente de la narración.

Mi objeto de atención no es otro que la creación etnográfica en el espacio urbano y más específicamente la construcción del «yo» etnográfico en este contexto. Sin embargo no hay mejor comienzo para esta tarea que recordar las enormes posibilidades que nos ofrece la curiosidad enfrentada a la novedad de un espacio abigarrado. Por eso y en el propio proceso de la experimentación etnográfica posterior, recordarse uno mismo como visitante primerizo atento a la novedad, viene a ser siempre una actividad estimulante. Explotar nuestras propias cualidades personales, sea la capacidad de observación o la curiosidad, es un recurso etnográfico esencial. Cualquier investigación de campo en una ciudad desconocida se inicia con una experiencia semejante a ésta y los frutos que nos puede rendir son siempre muy valiosos.

² Milgram, S. 1970. *The Experience of Living in Cities: A Psychological Analysis*. Science. Vol. 167, pp. 1461-68.

Siempre me ha interesado reflexionar a posteriori sobre mis experiencias etnográficas, puesto que en la sucesión de todas ellas he encontrado lugares para afincarme y acontecimientos insertos plenamente en mi propia biografía. El antropólogo que ha llevado a cabo períodos prolongados de trabajo de campo acaba experimentándolos en un ámbito personal, íntimo incluso y a la vez formando parte de su propio biografía. El «yo» etnográfico no es otra cosa que una personalidad que en confrontación experiencial con el «otro» se va haciendo. Este «yo» se construye personal y etnográficamente en una fusión existencial que convierte a estas dos dimensiones en algo inseparable. El antropólogo es siempre un «yo» situado en el espacio y en el tiempo. Cabe por tanto reflexionar, retrospectivamente, acerca de uno mismo y si acaso preguntarse: ¿cuál ha sido mi lugar? y ¿cómo ha sido mi biografía?.

Es en relación a preguntas como éstas, cuando adquiere relevancia el recuerdo de un comienzo en el que un sujeto etnográfico se introduce por vez primera en los espacios del «otro», espacios urbanos en este caso y da comienzo a una historia particular. En el primer capítulo de su magnífica etnografía sobre el barrio de Fontana del Re, en Nápoles, Belmonte rememora esta experiencia primeriza, la de ver y aprender «sólo la superficie de las cosas», aunque —y como señala él mismo— «hay mucho que aprender de las superficies». Que estas primeras experiencias nos suministran un fondo inconsciente de conocimiento cuyo valor sólo podremos explotar transcurrido el tiempo, es bien cierto, porque la tensión que hay en estas semanas iniciales es extraordinariamente creativa. Al fin del camino y al movernos con cierta destreza por entre los múltiples vericuetos de un barrio o ciudad, siendo duchos en el manejo de las categorías propias de un nativo, formando parte de una red de relaciones interna a la comunidad que estudiamos, cuando en definitiva estamos componiendo un texto con pretensiones etnográficas, la activación del recuerdo de nuestros primeros pasos nos permite reconstruir unos acontecimientos y vivencias que de repente, mágicamente, parecen, y lo son, mucho más densos en significados múltiples. La memoria es ante todo un ejercicio de creatividad e intuyo que la propia creatividad etnográfica tiene mucho que ver con el uso que hacemos de la memoria en la reconstrucción imaginativa que da forma a nuestras propias narraciones.

Este artículo tiene que ver con mi propia memoria, esto es con el recuerdo de mi inserción en un lugar, una pequeña ciudad y en la construcción de un fragmento de mi biografía en el espacio urbano. Mi referencia etnográfica³ fundamental, al iniciar el trabajo de campo en una pequeña ciudad aragonesa,

³ Mairal Buil, G. 1995. *Antropología de una ciudad. Barbastro*. Zaragoza: Instituto Aragonés de Antropología.

venía constituida por un período anterior de trabajo de campo llevado a cabo en un pueblo del Pirineo aragonés. Así que el salto etnográfico que me proponía dar me trasladaba desde la pequeña comunidad rural a la ciudad, aun siendo ésta una pequeña.

En el comienzo de su investigación de campo el antropólogo es un ser despersonalizado, ya que para la comunidad en la que pretende integrarse carece de una identidad específica. Su dominio es impersonal y no tiene un espacio propio que le identifique, tampoco tiene una historia tras de sí y, a falta de un sistema propio de relaciones, es algo semejante a lo que Marc Augé (1993) ha denominado un «no lugar». Es bien difícil acudir a una definición profesional en términos antropológicos, ya que con toda seguridad la comunidad que se desea estudiar no tiene un lugar específico para el antropólogo⁴, y en todo caso éste no es sino un «extraño profesional» en la acertada definición de Michael Agar. El gran reto que tiene ante sí el antropólogo al iniciar su trabajo de campo no es otro que el de hacerse un sitio inteligible para la comunidad en la que se desenvuelve.

Mi experiencia primeriza en el campo profesional de la antropología tuvo que ver con la necesidad de integrarme en una pequeña comunidad en el Pirineo aragonés, y en la que tuve forzosamente que hacerme un sitio, construir mi propio lugar. En estas circunstancias la impersonalidad, que me acompañaba como «extraño profesional», era fuente de miedos, tensiones y de una persistente sensación de soledad, ya que en mis primeros encuentros con los habitantes de esta comunidad sentía siempre sus preguntas que en formas de miradas o de cuchicheos venían a decirme ¿quién eres tú? y ¿qué haces aquí?. El no poder responder de forma inmediata y convincente a estas preguntas, puesto que decir algo así como «soy antropólogo» tenía poco sentido en este contexto, me producía no sólo inquietud e impotencia, sino también ganas de abandonar el terreno. En el espacio público de la pequeña comunidad, fuera en la plaza, en el bar e incluso en el monte, debía hacer inteligible mi presencia desde el principio y así, pasando el tiempo, fui comprobando que mi propia integración en la comunidad avanzaba a la par que iba creando poco a poco inteligibilidad y a la vez dotándome de una identidad propia. Sólo destruyendo el «no lugar» y construyendo el «lugar» podía observar y participar de cuanto me rodeaba. Recordando la conocida afirmación de Geertz (1983) sobre la credibilidad del antropólogo como el resultado de su capacidad a la hora de persuadir a los demás de que estuvo realmente allí, cabría asegurar,

⁴ No siempre es así y la práctica, por ejemplo, de una Antropología Social institucionalizada en términos de lo que habitualmente llamamos Antropología Aplicada, se lleva a cabo desde un lugar que se debe identificar. Esta circunstancia plantea inmediatamente otro tipo de problemas.

situándonos un poco más allá, que también depende y puede que más, de su capacidad para hacerse un «lugar»⁵.

DESCUBRIR LA CIUDAD DESDE EL ANONIMATO

Al comparar este proceso personal llevado a cabo en una comunidad rural y en una pequeña ciudad, he querido encontrar algunas claves para comprender la experiencia del espacio urbano y descubrir así la ciudad. Es esta experiencia la que pretendo reflejar a lo largo de estas páginas.

En una pequeña comunidad el antropólogo se hace un sitio, poco a poco, en el contacto directo y la vida compartida casi siempre dentro de una familia. De este modo puede llegar a hacerse un sitio inteligible. Es bien cierto que no existe, dentro de la comunidad, un lugar específicamente antropológico que pueda ser ocupado con inmediatez y naturalidad y, muy al contrario, este lugar debe ser construido. Este esfuerzo es metodológico, pero también vivencial y ambas cosas no pueden ser separadas. La experiencia a la que antes me refería es justamente la que se refiere a la construcción de un lugar antropológico en un espacio urbano.

Un lugar podría ser caracterizado en tres dimensiones, a las que el propio Marc Augé (1993) se refiere, si bien él las aplica a otras circunstancias. El lugar de un antropólogo se define primero por su identidad. Esto significa que él mismo como individuo ha de ofrecer a la comunidad en la que pretende integrarse una identidad inteligible. También debe disponer de un sistema de relaciones sociales del que participa. En último término ha de poseer una historia particular conocida o identificable. De este modo el investigador de campo que llega a una comunidad carece de todas estas cosas y es en sí mismo un «no lugar». Al dotarse progresivamente de todos estos atributos y si es capaz de ello, podrá ocupar un lugar y desde allí mirar a su alrededor. De ahí que el esfuerzo metodológico sea antes que nada un esfuerzo vivencial.

Mi experiencia me dice justamente que en el espacio público de una pequeña comunidad en la que uno no ocupa un lugar apenas puede ver y siente sobre todo que es visto intensamente. Su propia mirada se ve inhibida por la presencia impactante de las miradas de los demás que se concentran en él. En el pueblo del Pirineo aragonés en el que estaba haciendo trabajo de campo, sentía a mi alrededor innumerables miradas, cuchicheos y un círculo de sospecha y prevención. Así que por aquel entonces la necesidad que más sentía

⁵ Me he ocupado de esta misma cuestión en «Ramón Sender o el lugar de un etnógrafo». Este ensayo fue publicado en: Lisón Tolosana, C. (comp.) 1995. *Antropología y Literatura*. Diputación General de Aragón. Zaragoza, pp. 100-110.

era poder disponer de una parcela de anonimato. De este modo y actuando como antropólogo en un pueblo pequeño, el principal esfuerzo vivencial y metodológico que hube de afrontar fue hacer poco a poco inteligible mi presencia constante en el espacio público. Al mismo tiempo la frustración me embargaba al evaluar mi propia experiencia como antropólogo en las primeras semanas de mi trabajo de campo. De vez en cuando me asaltaba la poderosa tentación de mandarlo todo a paseo y largarme de allí. Transcurrido el tiempo y al reflexionar sobre ésta, que fue mi primera experiencia etnográfica, he entresacado tres conclusiones que posteriormente me han resultado muy útiles. En un pueblo pequeño tenía que hacer inteligible mi presencia en los espacios públicos fueran éstos la plaza, las calles, el bar, la iglesia o incluso en el monte desde el principio. Siendo un «no lugar» y no pudiendo ofrecer inteligibilidad, por lo menos en los comienzos, el trabajo de campo parecía una experiencia frustrante. Resultaba necesario romper ese «no lugar», crear un lugar y desde allí empezar a «ver». Finalmente, y como conclusión general, hay que valorar cómo el antropólogo, situado en el espacio público, es objeto de todas las miradas y en un grado superior es un ser «expuesto», todo lo cual determina que apenas pueda «ver».

Mi traslado posterior a una pequeña ciudad me supuso una experiencia muy distinta a la que acabo de reflejar. Esta primordial distinción la experimenté en relación a mi presencia en el espacio público. Las calles de una ciudad son espacios transitables por los que se mueve la multitud, los edificios públicos están abiertos a cualquier transeúnte, los establecimientos comerciales, las oficinas, los lugares de ocio, los bares, cafeterías y restaurantes están disponibles para cualquier usuario. Cuando el antropólogo comienza a usar todos estos espacios, su impersonalidad se acomoda muy bien al anonimato. Nadie le pregunta, ni tampoco ha de dar cuenta del significado de su presencia y todo lo que ha de justificar es semejante a lo que cualquier habitante de dicha ciudad debe justificar. En estas condiciones, tal como yo mismo las viví, no tenía que hacer inteligible mi presencia en el espacio público. Al no tener que ofrecer inteligibilidad, el trabajo de campo resultaba en sus comienzos mucho menos frustrante. Situándome en el espacio público no era objeto de todas las miradas y, al no estar tan «expuesto», podía «ver». El antropólogo en el espacio público de la ciudad puede disfrutar del anonimato y explotarlo en su propio beneficio ya que la capacidad de observación que puede desplegar es muy intensa.

Esta experiencia me ha hecho ver que la dimensión diferenciadora entre una pequeña población y una ciudad es la densidad de su espacio público y el modo diferente en que como antropólogos vivimos nuestra presencia en él. Así es como uno puede descubrir la ciudad etnográficamente y aunque para la mayoría de nosotros vivir en una ciudad constituye una experiencia habitual,

hacerlo etnográficamente puede convertirse en todo un descubrimiento. Este mismo descubrimiento es el que dejan traslucir las pocas páginas de Belmonte y Milgran que citaba anteriormente.

EL ANONIMATO Y EL ESPACIO PÚBLICO

En una ciudad el lugar del antropólogo se encuentra primero en el espacio público porque es allí donde dispone abundantemente de anonimato, una propiedad vivencial y a la vez etnográfica del espacio, que habrá de explotar con la máxima intensidad. El anonimato viene a representar el lugar inicial de la etnografía urbana dado que toda etnografía debe llevarse a cabo desde un lugar. Sin embargo no se trata sólo de dotarse como investigador de una cualidad, con ser esto muy importante, sino que además el anonimato puede convertirse en una estrategia de investigación muy útil. El anonimato, como lugar inicial de la etnografía en el espacio urbano, permite «ver» intensamente porque uno apenas «es visto». Esta circunstancia vivencial, ya que permite configurar la vida cotidiana del investigador durante el período inicial de su trabajo, es la que debe ser instrumentalizada como una estrategia de investigación. Atento observador de cuanto sucede a su alrededor, el antropólogo ha de convertirse en paseante concienzudo que traza itinerarios y los recorre sin descanso, en testigo que escruta cuanto sucede en una plaza, visitante asiduo de lugares públicos, cliente de establecimientos concurridos o espectador de acontecimientos y ceremonias públicas. En todos estos espacios y en el espacio en su conjunto, como buen observador que no siente la «turbación»⁶ de verse «expuesto»⁷ con intensidad a las miradas de los demás, el investigador puede ahora dedicarse por entero a una minuciosa contemplación de cuanto sucede a su alrededor en este espacio multiforme, abigarrado, polivalente, ambiguo y complejo, que es la ciudad. Tantas cosas sucediendo a nuestro alrededor que podemos entonces asombrarnos por lo cotidiano, obvio y repetitivo, por el aspecto de las cosas y las personas, por los ruidos y sonidos que probablemente los habitantes de la ciudad no oyen y también estar preparados para la sorpresa de algún acontecimiento imprevisto en esta monotonía del paisaje construido. El antropólogo urbano debe esforzarse muy especialmente por crear distancia, extrañeza e incluso asombro. Es bien cierto que la extraordinaria diversidad que exhiben las ciudades entre sí y también la que pueden ofrecernos los diversos hábitats urbanos que cobija cualquier ciudad por sí

⁶ Es importante ver la elaboración que lleva a cabo Goffman del concepto de «turbación».

⁷ Richard Sennet ha contribuido especialmente a desarrollar el concepto de «exposición» como una propiedad fundamental del espacio urbano.

sola, ya nos inducen a sentirnos extraños en ellas. Sin embargo y acostumbrados en general a la cotidianidad de la vida urbana, debemos crear distancia en la observación sistemática y minuciosa, siempre reacia a lo evidente. Nuestra mirada puede ser muy poderosa al estar libre, en buena medida, del impacto escénico y capaz de navegar con afán escrutador por todos los vericuetos del espacio urbano que se despliega ante nosotros. La observación no atiende sólo al rigor y exactitud de las anotaciones y registros, sino que también desencadena nuestra imaginación. Situados en relación a espacios y acontecimientos que vemos desfilar ante nuestros ojos, podemos igualmente intuir y suponer.

Este mismo contexto lo experimentan los ciudadanos, puesto que el espacio público vivido desde el anonimato también contiene un juego de palabras que se despliega en el encuentro casual, en la pregunta informativa o en la charla con el desconocido que atiende amablemente al forastero. Los encuentros entre desconocidos en la vía o los edificios públicos constituyen un mundo en sí mismo del que se puede obtener valiosa información, por lo que se nos dice, pero también por la propia vivencia de la situación, ya que el investigador es tan anónimo como el transeúnte y él mismo no es sino un transeúnte más.

A partir de esta experiencia deseo resaltar que el anonimato además de ser el lugar inicial de la etnografía urbana y una estrategia de investigación, constituye una dimensión fundamental del espacio urbano. Viviendo conscientemente el anonimato estamos en condiciones de valorar un aspecto esencial de la naturaleza del espacio urbano. Situados en el espacio, los seres humanos lo primero que podemos hacer es «ver» y también lo primero que nos sucede es que otros «nos ven». Cuando esta mirada, la de los otros, empieza a resultar impactante para nosotros, el espacio comienza a ser público. A partir de ahí nuestro comportamiento empezará a estar influido e incluso configurado por esta propiedad, la de ser público. Nadie ha llegado a analizar esta dimensión tan importante del comportamiento humano como Erving Goffman, y todas las páginas que él dedicó al análisis del comportamiento humano en lugares públicos constituyen una fuente insuperable de conocimiento para la Antropología Urbana. Esto es así porque el urbanismo, objeto de estudio fundamental para la Antropología Urbana, es la organización espacial de la vida pública. La condición de ciudadano, como usuario de un espacio urbano, deviene del hecho de franquear la puerta de nuestra casa que delimita, aunque de forma variable y a veces ambigua, un espacio doméstico y privado, para transitar por una sucesión de múltiples espacio públicos que se califican por el hecho de que en ellos «nos ven». Estudiar las muy diversas formas mediante las que se configuran todos esos espacios urbanos es tarea primordial para la Antropología Urbana. Por esta razón la obra de Goffman, junto con otras, es insustituible para nuestra disciplina.

Situados en el espacio urbano, experimentamos la cualidad de «ver» y también la de «ser vistos». Pero estas propiedades que caracterizan al espacio urbano no equivalen a situaciones fijas sino que se trata más bien de modulaciones cambiantes en función de contextos. Una de estas modulaciones es el anonimato. Como desconocidos que somos, extraños profesionales que acaban de llegar a una ciudad o barrio para estudiarlos, apenas poseemos una «cara», como diría Goffman o usando el lenguaje coloquial, todavía no somos «caras conocidas». De este modo la mirada de los demás sobre nosotros resulta poco impactante, es circunstancial, rápida y apenas está semantizada, ya que no olvidemos que somos un «no lugar». A partir de aquí y sin la presión de «ser vistos» con intensidad⁸, nuestra mirada, el «ver», es más libre e intensa, aunque no deje de tener ciertas limitaciones.

Creo que podemos vivir el espacio urbano desde el principio ya que una de sus propiedades, el anonimato, está a nuestra disposición desde el momento mismo en que bajamos de un autobús o de un tren y hacemos nuestro primer recorrido por las calles de una ciudad. Es bueno ser consciente de esta circunstancia y hacer el esfuerzo de aprovecharla para el beneficio de la investigación.

CONSTRUYENDO LA SINTAXIS URBANA

Si describiéramos el espacio urbano sólo desde el anonimato, sería imposible estudiarlo antropológicamente y nuestra etnografía sería inútil, ya que los individuos que lo usan y lo construyen no lo hacen sólo desde el anonimato y con ser, en ocasiones, seres anónimos desplazándose por múltiples escenarios, son además actores que usan palabras, que interactúan a partir del conocimiento mutuo, que pertenecen a múltiples agrupamientos espaciales, que participan en redes y clases sociales, que se adhieren a múltiples identidades de diversa naturaleza (locales, de género y edad, étnicas o políticas), que activan movimientos sociales, que usan discursos y todo tipo de representaciones, en-

⁸ Como experiencia contraria me gustaría recordar la situación por la que hemos pasado muchos al tener que dar nuestra primera clase en la universidad ante un auditorio de más de cien alumnos. Con el nerviosismo e inseguridad lógicas en estas circunstancias, experimentábamos el hecho de que nuestra mirada se confrontaba con las de más de cien personas dirigidas exclusivamente hacia nosotros. Así que «disfrutábamos» de notoriedad por el hecho de «ser vistos» intensamente y como consecuencia de este impacto apenas podíamos «ver». Con el paso del tiempo uno se va acostumbrando a esta situación y al hecho de hablar o estar en público, de modo que poco a poco irá «viendo» cada vez más. A esta misma situación se refería un famoso ex-jugador del Real Madrid, Jorge Valdano, al indicar que jugar un partido de fútbol en el estadio Santiago Bernabeu y ante varias decenas de miles de espectadores provocaba en el jugador, y más aun en el jugador rival, «miedo escénico».

tre otras muchas cosas. Sólo desde el anonimato no podríamos acceder a todas estas dimensiones de la vida urbana.

En un texto clásico en la Antropología Urbana, *City Ways*, que fue publicado por Friedl y Chrisman en 1968, se incluye un capítulo escrito por Charles y Betty Lou Valentine en el que llevan a cabo algo no muy habitual en la literatura antropológica, como es una evaluación de su propio trabajo de campo. Con un título bastante sorprendente y a la vez muy gráfico, *Construyendo el escenario, escarbando en la acción y contándolo tal como es: antropólogos en un oscuro gueto*, este texto me sigue pareciendo muy útil a la hora de reflexionar sobre la etnografía urbana. Evaluando su experiencia pasada, estos autores nos señalan lo siguiente:

«Nos hemos dado cuenta que la participación en la vida local es la clave técnica para recopilar datos. La observación directa de la conducta en su asentamiento natural es el principal complemento necesario para la participación. Realmente, estas dos aproximaciones van de la mano. Sin duda que las entrevistas y otras formas de descripción verbal serán más importantes conforme el trabajo progresa. En los primeros meses, cuando la construcción de las relaciones iniciales es vital, sin embargo, hemos encontrado que la participación directa como vecinos y como ciudadanos interesados ha sido la aproximación más productiva»⁹.

La máxima según la cual el antropólogo debe integrarse en el grupo humano que pretende estudiar es de manual y no requiere explicación. Sin embargo la manera de llevar cabo esta tarea en una ciudad sí que ofrece ciertas dificultades, pues la vida urbana no se abre con tanta facilidad a un forastero como la vida cotidiana en una pequeña población, donde probablemente es más fácil integrarse, ya que, por lo menos, resulta más sencillo identificar aquellos ámbitos donde uno tiene que introducirse. La duda que le asalta a quien está iniciando su trabajo de campo en una ciudad es por dónde empezar, puesto que no resulta fácil identificar, en un espacio y un tejido social tan abigarrados, los ámbitos de vida urbana más pertinentes. Charles y Betty Valentine apuntan una observación reveladora respecto a un argumento que he venido utilizando, que el antropólogo debe construirse un «lugar» inteligible, y en el espacio urbano este «lugar» no puede ser otro que aquel que ocupa cualquier vecino y ciudadano. De este modo y si mediante el anonimato ocupamos un lugar o, mejor dicho, un «no lugar», posteriormente sí podre-

⁹ Valentine, Ch. y B. L. 1968. «Construyendo el escenario, escarbando en la acción y contándolo tal como es: antropólogos en un oscuro gueto». En Friedl, J. & Chrisman, N. 1968. *City Ways: a selective reader in Urban Anthropology*, p. 93.

mos ocupar un lugar si nos introducimos en la sintaxis urbana. La sintaxis del espacio urbano es la forma mediante la cual un conjunto de espacios se relacionan entre sí concordando para configurar una totalidad urbana. Cada parte significa y se comunica con otras partes interrelacionadas. Los actores sociales recorren y se integran en esta cadena de espacios mediante comportamientos establecidos. La sintaxis urbana es construida y reconstruida en un proceso con dimensión histórica. Cada usuario del espacio urbano posee su propia sintaxis que lógicamente confluye, en mayor o menor medida, con la de otros para, en definitiva, componer la sintaxis del espacio urbano de la ciudad. Al salir de casa ya comenzamos a recorrer esta sintaxis urbana y tomamos un ascensor, cruzamos un patio, salimos a la calle, transitamos por ella, nos detenemos a charlar con alguien, asistimos a algún acontecimiento y nos introducimos en edificios en los que confluimos también con otras personas para llevar a cabo múltiples actividades. Esta sería una representación parcial de la sintaxis urbana que es, por supuesto, mucho más variada y compleja en su diversidad. En cualquier caso ya permite mostrar una determinada experiencia del espacio urbano en la que los múltiples ámbitos que lo componen significan algo y dichos significados se relacionan entre sí. De este modo cuando usamos el espacio urbano lo modulamos, ya que nos adaptamos a los significados y a las prescripciones conductuales que le atribuimos a cada ámbito. Por ejemplo, el hecho de salir de casa ya es una modulación y también lo es entrar en una iglesia o en un bar. Por esta razón integrarse en la sintaxis urbana de la ciudad, construyéndose uno la suya propia, permite experimentar las modulaciones espaciales que son relevantes para los habitantes de la ciudad.

En mi caso y para introducirme en una ciudad, tuve que construir mi propia sintaxis urbana, ya que integrándola en la de la ciudad me integraba yo mismo. Sólo desplegando una sintaxis urbana personal, según patrones establecidos, podría participar en la sintaxis colectiva. Así que poco a poco experimenté el saludo en la calle, la tertulia en el bar, la asistencia a una boda o la presencia en un funeral, y acabé siendo vecino de una calle y un barrio, feligrés de una parroquia, miembro de algunas asociaciones, partícipe de alguna cuadrilla y transeúnte, paseante, espectador, cliente, asistente y hasta manifestante, esto es ciudadano. Desvelar la sintaxis urbana de una ciudad es objetivo fundamental para la etnografía urbana y su construcción por el investigador representa primero la construcción de su propio lugar, una formidable estrategia de investigación y el descubrimiento de una de las dimensiones fundamentales del espacio urbano.

«VER» Y «SER VISTO» O LA NATURALEZA DEL ESPACIO URBANO

En los comienzos de su investigación de campo el antropólogo es un ser anónimo, de tal manera que situado en el espacio urbano «ve» y apenas «es visto». Mi sugerencia ha sido la de aprovechar esta circunstancia inicial para practicar una sistemática observación del espacio y de sus usuarios. Posteriormente este mismo investigador tendrá que introducirse en la vida urbana de la ciudad y podrá hacerlo construyendo su propia sintaxis urbana, ya que desde ella podrá introducirse en la sintaxis urbana de la ciudad. Su quehacer básico, integrarse en la vida de quienes son objeto de su investigación, se desarrollará poco a poco desde este mismo punto de partida. Los avances que vaya consiguiendo se traducirán en el hecho de que cada vez «será visto» más, de modo que su mirada se verá, en la misma proporción, más impactada. Esto no significa perder una cualidad, sino desplazarse de una a otra cualidad. La construcción del «yo» etnográfico implica, en cualquier caso, la adopción progresiva por parte del investigador de nuevas miradas y éstas son cualitativamente distintas. El investigador en el espacio urbano de la ciudad ha de vivir forzosamente una situación en la que él también es objeto de las miradas de los demás, y configurar su propia mirada en relación a esta circunstancia. No puedo imaginar a un antropólogo tan aséptico, frío y distante que resultara inmune a la presencia impactante del «otro». Pero además nuestra tarea, como antropólogos, es la búsqueda comprensiva de conocimiento acerca del «otro» y, sin lugar a dudas, esta tarea nos exige estas miradas.

Mi objetivo en este artículo no venía determinado tanto por el deseo de inventariar todo aquello que un antropólogo debe realizar en su trabajo de campo en una ciudad, sino mostrar, desde mi propia experiencia, cuál puede ser el lugar de un antropólogo en el espacio urbano. Este lugar, cambiante y polivalente, delimita nuestra mirada y sus modulaciones hacia todo aquello que discurre y transcurre ante nosotros. A partir de aquí, creo que podemos empezar a hacer etnografía urbana y realmente el trabajo más duro empieza entonces.

Tendremos que trabajar intensamente con una red de informantes cuya construcción a nosotros compete y en la que su análisis como tal red es fundamental para asegurar su fiabilidad. Es preciso investigar documentalmente archivos y hemerotecas y analizar la gran cantidad de información escrita, visual y sonora que una ciudad produce en el día a día. La investigación histórica es imprescindible y debemos realizarla tanto en el ámbito de la historiografía, recurriendo a fuentes originales si fuera preciso, como en el ámbito de la historia oral y la memoria colectiva. En muchas ocasiones habremos de indagar en la hibridación que se produce entre ambas versiones del tiempo pasado, ya que los tiempos urbanos suelen ser bastante mestizos. El espacio

urbano registra innumerables acontecimientos tanto en el interior de los edificios públicos, en recintos o en la calle y habremos de ser espectadores y participantes en todos ellos, desde una conferencia, asamblea o concierto a un funeral, una procesión, una fiesta o una manifestación. Poco a poco iremos experimentando cómo en nuestra participación en todos estos acontecimientos se nos reclamará o las circunstancias nos exigirán, una definición acorde con el lugar que ya hayamos sido capaces de construir, y tendremos que ser capaces de responder adecuadamente a estos requerimientos.

Todas estas actividades que acabo de mencionar son tareas concretas para cuya realización disponemos de técnicas que son habituales en el ejercicio de nuestro trabajo como antropólogos en cualquier terreno. Sin embargo, esta dimensión técnica de la investigación de campo sólo tiene sentido como instrumento para el desarrollo de aquella cualidad existencial que hace posible la «descripción densa». En una ciudad esta cualidad existencial no puede ser otra que vivir la ciudad y esto sólo es posible en el espacio urbano. Mi argumento final pretende reflejar que si el trabajo de campo se concreta en múltiples tareas, importa mucho el lugar desde el que se han de llevar a cabo dichas tareas, y el cómo construirlo define parámetros fundamentales para hacer etnografía. He encontrado que la propia naturaleza del espacio urbano, como espacio público ordenado, en el que podemos «ver» y a la vez «nos ven» define las coordenadas en las que debemos inscribir nuestro lugar y nuestra mirada.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, M. (1977): *Ripping and Running: a formal ethnography of urban heroin addicts*. Seminar Press. New York.
- (1980): *The Professional Stranger. An informal Introduction to Ethnography*. Academic Press. New York.
- AUGÉ, M. (1992): *Non-Lieux*. Paris, Éditions du Seuil.
- BELMONTE, T. (1979): *The Broken Fountain*. New York: Columbia University Press.
- CATANESE, A. J. (1972): *Scientific methods of urban analysis*. Urbana: University of Illinois Press.
- CÁTEDRA TOMÁS, M. (1991): «Técnicas cualitativas en la Antropología urbana». En *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña*. Comunidad de Madrid, pp. 81-101.
- CRUCES, F. y DÍAZ DE RADA, A. (1991): «El intruso en su ciudad. Lugar social del antropólogo urbano». En *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña*. Comunidad de Madrid, pp. 101-115.
- FOSTER, G. M. y KEMPER, R. V. (1996): *Anthropological Fieldwork in Cities*. En: Gmelch & Zenner 1996 *Urban Life. Readings in Urban Anthropology*. Prospect Heights, Waveland Press.

- FRIEDL, J. y CHRISMAN, N. (1968): *City Ways: a selective reader in Urban Anthropology*. New York: Thomas & Crowell.
- GLASSER, I. (1995): *Urban Life on Film and Video. A collection of reviews for the teaching of Urban Anthropology*. Washington, Society for Urban Anthropology.
- GOFFMAN, E. (1963): *Behaviour in Public Places*. New York, Free Press of Glencoe.
- (1970): *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- (1971): *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Madrid, Alianza Universidad.
- KENNY, M. y KNIPMEYER, M. (1991): «Investigación urbana en España: visión retrospectiva y prospección». En: Prat, J. y otros *Antropología de los pueblos de España*. Madrid, Taurus Universitaria, pp. 324-343.
- MAIRAL BUIL, G. (1995): *Antropología de una ciudad. Barbastro*. Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología.
- (1998): «L'Antropología urbana en perspectiva». *Revista d' Etnología de Catalunya*. Barcelona, n.º 12.
- MILGRAN, S. (1996): «The Urban Experience: a psychological analysis». En: Gmelch & Zenner 1996, *Urban Life. Readings in Urban Anthropology*. Waveland Press. Prospect Heights, pp. 35-47.
- PRESS, I. y SMITH, E. (1980): *Urban Place and Process: Readings in the Anthropology of Cities*. New York, MacMillan.
- PUJADAS, J. J. (1991): «Presente y futuro de la Antropología Urbana en España». En: *Malestar y conflicto en la sociedad madrileña*. Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 45-81.
- ROTENBERG, R. (1996): «The Metropolis and Everyday Life». En: Gmelch & Zenner, 1996. *Urban Life. Readings in Urban Anthropology*. Prospect Heights, Waveland Press.
- ROTENBERG, R. y MCDONOGH, G. (1993): *The Cultural Meaning of Urban Space*. London, Bergin & Garvey.
- SENNET, R. (1975): *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, Península.
- (1978): *El declive del hombre público*. Barcelona, Península.
- (1990): *La conciencia del ojo*. Barcelona, Versal.
- SIGNORELLI, A. (1999): *Antropología Urbana*. Barcelona, Anthropolos.
- VAN MAANEN, J. (1988): *Tales of the field. On writing Ethnography*. Chicago, The University of Chicago Press.

RESUMEN

Este artículo pretende ser una reflexión centrada en la experiencia del trabajo de campo en el espacio urbano de la ciudad. Antes que establecer y discutir las técnicas apropiadas a esta tarea, lo que se intenta es reflejar cómo mediante el vivir en y participar de un espacio urbano, el antropólogo ha de encontrar y construir por sí mismo su propio lugar en él. Este lugar determinará su mirada. La comparación entre las experiencias etnográficas en una pequeña población y en una ciudad, resulta esclarecedora para poder advertir las diferencias que hay entre ambas.

(Etnografía urbana, espacio urbano, anonimato, sintaxis urbana)

ABSTRACT

This paper considers the experience of fieldwork in an urban setting. Instead of classifying and discussing which are the best techniques available for this task, the intention is to show how the anthropologist has to find and construct a place in the urban space thanks to his/her own living and participating there. This place will determine his/her glance. The comparison between the ethnographic experiences in a small community and in a city helps us to explain some differences.

(Urban ethnography, urban space, anonymity, urban syntax)